

80 30.2

CUENTOS FANTASTICOS.

Un día que me paseaba a orillas del " " , en la Abadía de " " , ví a lo lejos una canoita remada por dos hombres, de los cuales el uno era un viejo cano, y el otro un garn muchacho, de casaca colorada. Cuando pudieron ser oídos, ambos exclamaron: "¡Salvadnos, Señor, salvadnos!". Habían apenas tomado tierra, cuando una lijera lancha, bogada por dos marineros, se asomó por una vuelta del río. El piquete de soldados que venia a bordo, disparó sobre los fugitivos, así como los hubo descubierto; y el hombre mayor, anciano casi, cayó al suelo cuan largo era, mientras el joven huyó y se internó en el bosque. Los soldados, muy anhelosos de su muerte, saltaron y siguieron tras él, paso al trote, A poco oy una descarga de fusiles, y luego ví a los soldados, que volvian arrastrando por los pies un cuerpo humano. -"Por ahura le tenemos bien seguro, dijo el sarjento. Pícale los ojos con la bayoneta, no sea que le quede un rayo de vida".

Uno de los soldados punzó lijeramente los ojos del cadáver, y, "no hay cuidado, dijo; el hombre se acabó. La vida es una simpleza: un balazo la acaba.

-¿Y qué me importa?, dijo el sarjento. Déjate de filosofías, o te bajo una oreja. ¡En marcha!"

Echan el cadáver en el lecho de la embarcación y le cubren con un paño. El cuerpo del viejo fue lanzado en el agua, y la lancha desapareció a todo remo.

Habiendo contado, por la noche, este suceso en la Abadía, todos se sorprendieron y dudaron; pero ninguno fue tan entero o insensible, que no experimentase una fuerte sensación, que queria parecerse al miedo. La noche es oscura y tempestuosa, el cierzo trae consigo ráfagas de nieve, y las estrellas contra los vidrios de las ventanas. El mar ruge a lo lejos, de y amenazante. El aceite de la lámpara se ha consumido; la torcida, casi seca, de-

ja escapar la llama, que vuela y vuelve a su asiento, en visperas de apagarse. ¿Qué ladridos son esos? Los perros ahullan lúgubramente, las gallinas hacen un ruido funesto en el traspatio. Pasos en el corredor se acercan, rascan la puerta... No hay quién no haya perdido el color, de cuantos están sentados en torno de la mesa. ¿Quién es? ¡El hombre que yo había descrito, el que salió del bosque, arrastrado por los soldados!

Las mujeres gritan y caen desmayadas, mi primo se echa sobre su revólver, y yo me quedo de una pieza.

El recién venido permanece inmóvil delante de mí; yo no me atrevo a dirigirle la palabra: mi primo ha soltado la pistola, y todo trémulo, se arrima, pálido, a la mesa.

"¡Mira!", prorrumpe el aparecido, descubriéndose el pecho.

El ánimo me falta, caigo... ¿Qué había visto? ¡El retrato de Arabella, mi querida, gravado en la piel del bandolero!

Este suceso nos contó Rambotham, a bordo del Almogaver, como íbamos de Barcelona a Cádiz, una noche de luna, reunidos los pasajeros los pasajeros sobre cubierta. Verdadero debió de ser el acaecido, y nos lo probó el pobre inglés, cayendo de redondo, con un acceso de la epilepsia que había contraído desde entonces.

Juan Montalvo.